

*LA VOZ DE*  
**JOSÉ ÁNGEL VALENTE**

POESÍA EN LA RESIDENCIA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

## ÍNDICE

LECTURA DE POEMAS DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE <i>13 de abril de 1989</i>	9
Reseña biográfica	43
Bibliografía escogida	47
Índice de procedencia de los poemas y textos	51
Índice de primeros versos	55

## ADVERTENCIA EDITORIAL

Se reproduce en estas páginas la lectura de poemas de José Ángel Valente celebrada el 13 de abril de 1989, dentro del ciclo *Poesía en la Residencia*.

Se ha preferido dejar exenta la intervención del poeta, por lo que se han suprimido las palabras de presentación y el diálogo final con el público.

Se ha tratado de ser lo más fiel posible a la palabra del autor, sin incluir repeticiones, interjecciones u otros «ruidos» propios del lenguaje hablado.

La transcripción de los poemas aparece tal como figuran en las ediciones consultadas. Se indican entre corchetes los títulos omitidos por el poeta al recitar y se da cuenta de algunas diferencias fundamentales de los poemas editados con respecto a su lectura en las notas que figuran al final.

La carta de Juan Ramón Jiménez y las prosas del propio Valente se han transcrito tal como fueron leídas por el poeta, por considerar que las diferencias existentes entre edición y lectura son del todo voluntarias.

Un índice de procedencia de los poemas y textos informará al lector acerca de los libros a los que pertenecen, reseñados en su primera edición así como en la seguida para su transcripción.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE  
Lectura de poemas

Residencia de Estudiantes

*13 de abril de 1989*

**E**n efecto, yo no estoy aquí hoy por azar ni tampoco para un acto propiamente literario. Yo quisiera que esta lectura fuese, ante todo y sobre todo, un homenaje viviente al fundador de esta casa, don Alberto Jiménez Fraud.

De su muerte van a cumplirse, en breves días, veinticinco años —don Alberto murió en Ginebra el 23 de abril del año 64—. Los restos de don Alberto fueron trasladados a fines de 1969 al cementerio civil de Madrid y depositados en la misma sepultura donde reposan los de Sanz del Río, Fernando de Castro, Gumersindo de Azcárate, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Esta simple enumeración basta para que entendamos hasta qué punto hay en esa lápida toda una página de la historia española cuya lectura yo considero hoy absolutamente irrenunciable.

Esta casa, la Residencia, nació en el espíritu de su fundador como lugar de la amistad y del diálogo, como un alto lugar de la cultura o del espíritu, entendidos ambos como espacio de encuentro y de unificación de los saberes y de las artes, de la investigación y de la creación.

A la obra y a la figura irradiante de don Alberto nos une para siempre la virtud de la fidelidad, porque, en efecto, uno ha de ser fiel a lo que ha tenido por bueno en su vida.

QUERIDO Alberto —escribía el 27 de mayo del año 1945 Juan Ramón Jiménez—. Desde luego, yo soy fiel a lo que *he tenido por bueno* en mi vida, y los recuerdos de don Francisco Giner están vivos en distintos lugares de mi escritura. No sé si le dije a usted que envié un librito de *Canciones* a Darro y Genil y que les ofrecía *tres* al año si ellos querían iniciar una serie de *quin-ce* o *veinticinco*. Yo tengo muchas series breves de verso y prosa (no dadas en libro), por ejemplo, los *Olvidos de Granada*, que también enviaría a Manolo Jiménez y a Paco Giner. En esas páginas, don Francisco está evocado en Cádiz, Ronda y Granada. Y en el libro *Trasunto* (que dará Losada pronto) incluyo lo que tengo aquí del libro sobre don Francisco, en el que siempre he seguido trabajando y que ahora sería un volumen como *Españoles de tres mundos*. En ese libro está su silueta, Alberto, y la de la sombra de Natalia. O la luz, para ser más exacto. Ese libro es el dedicado a usted, pero sospecho que entre lo robado en nuestros pisos de Madrid, que no volveré quizás a ver, están las páginas inéditas que hasta hoy lo formaban (en periódicos de Madrid he leído alusiones a ellas en

notas anónimas de los escritorzuelos del grupo que robó mi casa, y se fundaban en ellas para decir que yo era *un peligro para España* y que se me debía dejar morir en La Florida). Sea como sea, y porque en *Trasunto* va mucho de «La Colina» —de esta colina— también, he puesto su nombre, Alberto, al frente.

He leído este fragmento de la carta de Juan Ramón en la transcripción hecha a mano por el propio don Alberto<sup>1</sup>. Y éstas serían las formas de la fidelidad a las que he hecho alusión y de las que me siento absolutamente partícipe.

Hace algunos años, y a propósito de don Alberto y de Juan Ramón Jiménez, escribí un texto del que quiero extraer el fragmento siguiente. El texto en rigor era un comentario de la carta que acabo de leer fragmentariamente y se titulaba, precisamente por eso, «Morir en La Florida»<sup>2</sup>, y el texto decía:

QUIEN esto escribe compartió, casi diariamente, la vida de Alberto Jiménez Fraud desde 1955 hasta el 23 de abril de 1964. Primero en Oxford; en Ginebra después. Fue él, en efecto, quien, con Natalia Jiménez, su hija, acompañó también a don Alberto en sus últimos instantes. Nadie más, por la cruel imposición de las distancias, estaba en aquella hora allí. Don Alberto

vivió esa hora con la misma elegancia y dignidad con que había vivido todas. Entró en ella sin descompostura ni temor. Como si en él se hubieran cumplido, en modo poco sólito, las palabras de un texto de destierro, un texto de Maquiavelo que él amaba y que tan delicadamente comentó a su vez: «non temo la povertà, non mi sbigottisce la morte».

Estuvo fundada esa compañía y amistad de don Alberto en la conversación. «La conversación sostenida —escribió él en un cuaderno de notas que quedó en mis manos después de su muerte— y la vida en común entre maestro y discípulo van acumulando un combustible que de pronto se enciende en el alma.» Conversación sostenida; plática, solía también decir él. Y, en efecto, la palabra plática infunde más sosiego; la presencia de la doble vocal blanca hace nacer de ella más espacio y quietud. La poesía fue con frecuencia sujeto principal de aquellas pláticas. En realidad, cualquiera que fuese la materia conversada, estuvo siempre presente en ellas.

Mantuvo don Alberto una relación privilegiada con la poesía y con los poetas. Repetir aquí la extensa y conocida nómina de los que vivieron en la Residencia de Estudiantes sería absolutamente ocioso. Quizá convenga, en cambio, recordar que José Moreno Villa fue, entre todos, su amigo más entrañable. Con Juan